

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 3, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2020

ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Editorial: Pero ¿quién pilota la nave de los necios?

Editorial: But who pilots the ship of fools?

Juan Antonio González de Requena Farré
Universidad Austral de Chile, Chile

Chill Donald, Chill! (Greta Thunberg)

Aunque se resiste estúpidamente a salir del escenario, podemos afirmar, en tiempo pretérito, que la imbecilidad consumada ha presidido una de las superpotencias del supuesto *orden* mundial. Tal vez no hay mucho que festejar. Quizá haya un imbécil menos al timón del orden internacional, pero ello no garantiza que la estupidez estructural no siga conduciendo los asuntos humanos. Otros dirigentes mentecatos, conductores zopencos y líderes estóolidos han desaparecido de escena, y el signo de los tiempos no necesariamente cambió, para desesperación de los filósofos biempensantes y los intelectuales esclarecidos. Y es que a los platónicos de todo tiempo y condición les parece inapelable la tesis de que solo quien realmente sabe debiera asumir la conducción de los asuntos humanos. Una de las analogías típicas de este credo *epistemocrático* proviene del campo de la navegación, donde aparentemente no todo el mundo puede ser piloto:

Imagínate que respecto de muchas naves o bien de una sola sucede esto: hay un patrón, más alto y más fuerte que todos los que están en ella, pero algo sordo, del mismo modo corto de vista y otro tanto de conocimientos náuticos, mientras los marineros están en disputa sobre el gobierno de la nave, cada uno pensando que debe pilotar él, aunque jamás haya aprendido el arte del timonel y no pueda mostrar cuál fue su maestro ni el tiempo en que lo aprendió; declarando, además, que no es un arte que pueda enseñarse, e incluso están dispuestos a descuartizar al que diga que se puede enseñar; se amontonan siempre en derredor del patrón de la nave, rogándole y haciendo todo lo posible para que les ceda el timón. (Platón, 2000, 488 a-c)

No obstante, las organizaciones e instituciones humanas, tanto gubernamentales como no gubernamentales, exhiben frecuentemente una pauta muy diferente de selección del personal a cargo del pilotaje o la conducción que trazará la hoja de ruta y guiará la navegación colectiva. En algunos casos, la posibilidad de tripular como piloto alguna organización o institución resulta directamente proporcional a la capacidad para no escuchar nada, no decir nada y no quejarse por nada ni nadie. Así lo recordaba —a través de un chiste acerca de la universidad española— un conocido investigador sobre la inteligencia humana:

Un mensajero llega a una universidad con un paquete especial para el profesor Torres. Pregunta al secretario del departamento y se entera de que en ese momento el profesor Torres no está, pero que se lo espera en breve. El mensajero se sienta a aguardar al profesor. Aguarda una hora, dos horas, una semana, un mes, un año, dos años, sin decir nada para no molestar a nadie. Por último, después de tres años, el departamento lo nombra profesor. (Sternberg, 1997, p. 112)

¿Resulta familiar? Además de representar a algunos conocidos de nuestro entorno cotidiano, el chiste nos recuerda inevitablemente a toda una galería de personajes literarios en quienes la ficción supera con creces a la realidad. Por supuesto, en la lista figura el Sr. Chance (hasta su nombre es ocasional), alias Gardiner: ese idiota vegetativo protagonista de la novela *Desde el jardín*, que en su vida solo sigue su propio ritmo —como las plantas al crecer—, inmerso en el jardín que cuida y en la pantalla del televisor, la cual es su único referente de realidad y su modelo imaginario de comportamiento. En la novela de Jerzy Kosinski de 1971, alguien así (únicamente capaz de acomodarse a rutinas, reproducir estereotipos televisivos y mimetizarse imaginariamente con lo que los eventuales espectadores esperan de la puesta en escena social) se convierte en un personaje público influyente y, finalmente, en un prometedor candidato político (Kosinski, 2005).

¿Suena conocido? De algún modo, este tipo de idiotas vegetativos, que no hacen nada más que responder inocentemente a las expectativas ajenas, evocan de lejos la bonhomía del tonto autóctono, el sujeto atado a la tierra y sometido a la labor cíclica al ritmo de la naturaleza, para sobrevivir con sencillez y alimentarse sobriamente del pan producido únicamente por sus propias manos. Ese tipo de idiota autóctono es capaz de engañar al mismísimo diablo (o, mejor dicho, burlar las expectativas maliciosas), como ilustra *Iván el tonto*, el célebre cuento de Lev Tolstoi (1885/2004). Al fin y al cabo, no tiene nada que perder, salvo su simple vida e ingenua autosuficiencia. También el príncipe Myshkin, el protagonista de la novela de Dostoyevski *El idiota* (1868/2013), comparte esta simpleza ingenua y candor sin reservas de quien solo es el receptáculo de las intenciones ajenas, y se convierte en el confidente compasivo y el espejo transparente en que se reflejan las complicadas vidas de los demás y los artificios de la convención social. Sin duda, la pureza ingenua de este tipo de idiota contrasta con nuestros imbéciles en el poder, autorreferentes también, pero indiferentes a la desgracia ajena y a las consecuencias de sus actos estúpidos.

Hay otro tipo de estúpidos en la variopinta condición humana, y no parecen mejor dotados para pilotar la nave de los necios. Está el necio pícaro, como lo ilustra el *Simplicius Simplicissimus* de Von Grimmelshausen

(1669/1986), aunque este no es sino el reverso del saber admitido y de la autoridad establecida; se convierte en el doble bufonesco de la corte, triunfa en sociedad, sucumbe a los vicios mundanos y, finalmente, se retira del mundo como el más sabio de los humanos haría. También hay imbéciles petulantes, como *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert (1881/1971), quienes, por mucho que lo intentan y por más que cultivan superficialmente sus limitados talentos en todas las artes y ciencias, fracasan reiteradamente en el intento de descollar sobre la medianía intelectual de la humanidad, teniendo plena consciencia de la estupidez de las masas. Un caso interesante es el idiota que encarna la estupidez estructural de algunas instituciones humanas, como el soldado Švejk de la novela satírica de Jaroslav Hašek (1922/2016); y es que entornos como la brutalidad de la guerra y la sórdida disciplina cuartelera encierran más absurdo e insensatez que las ambivalentes respuestas del subordinado idiota, de manera que parecen absolverlo. Sé que hay muchos más tipos de bobería, fatuidad, cretinismo, pazguatería, mentecatez y tontería, pero le dejamos al lector la noble tarea de realizar su propio *memento* o recordatorio de la estupidez humana.

La conclusión de esta galería de necios es inquietante: puesto que hay más opciones de ser necio que de alcanzar el justo punto de la sabiduría, parece más probable que seamos dirigidos por algún estúpido; sobre todo si opera el principio de selección de quienes nada oyen, nada dicen y de nada se quejan. Como observaba Slavoj Žižek a propósito de la crisis económica mundial del 2008, el desastre no fue atribuible a la ignorancia de la ciudadanía, sino a que los expertos no saben lo que hacen, y las élites gobernantes son cada vez más incompetentes.

Extrañamente, ante el desalentador panorama de las sociedades supuestamente hipercomunicadas, ultravigiladas y sujetas a la autoexplotación, hay quienes defienden la vía de cierto idiotismo, que haga valer la singularidad, el silencio, la apertura idiosincrática a lo diferente y la inmanencia del vivir (Han, 2014). Si lo dice Byung-Chul Han... Suponemos que no se refería a un *asshole* de tomo y lomo como Donald Trump (solo estoy citando el ensayo sobre la imbecilidad de James, 2016) ni a las tonterías ocasionales de algunos gobernantes convertidos en su propio bufón; tampoco a la imbecilidad mimética ni a la estupidez estructural. Más bien parece que estos tiempos aciagos estuvieran poniendo en escena viralmente la frase del *Macbeth* de Shakespeare:

La vida no es más que una sombra en marcha; un mal actor que se pavonea y se agita una hora en el escenario y después no vuelve a saberse de él: es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada. (1873, acto quinto, escena quinta)

En todo caso, dado el carácter multiforme y proteico de la necesidad humana, resulta difícil concebir —o, incluso, imaginar— cómo sería un mundo gobernado por la idiotez y con la estulticia por guía providencial. ¿Se trataría de un universo de mónadas embotadas en su autoencierro, o bien de un devenir insensato, indeterminado, intempestivo e impredecible? ¿Primaría la fatuidad de un sujeto peraltado, incapaz de comprender su pertenencia al mundo y a los otros, o acaso asistiríamos a la deposición de toda voluntad, a la disolución del yo y a la apertura sin reservas a los designios ajenos? ¿Consistiría en la implosión de una autodeterminación egocéntrica sin consideraciones ni concesiones, o bien en la consumación de una heteronomía plena que borrara cualquier indicio de individualidad? Quién sabe... Quizá nada sería tan diferente respecto a cómo son las cosas efectivamente: una confusa mezcla de inercia y accidente, de indiferencia y torpeza, de opacidad y malentendido, de fatuidad e incapacidad. Con frecuencia, el arte occidental representó el mal y lo demoniaco bajo la figura del híbrido monstruoso, como una abigarrada composición de elementos inquietantes de los más diversos animales, criaturas y condiciones; no obstante, parece que ese es también el aspecto de la omnipresente tontería y la mundanal estulticia.

Para no añadir fatuidad intelectual y memeces trascendentales a la cotidiana necesidad del mundo, tal vez sea mejor volver a nuestro asunto. Este número de *Revista Stultifera* se abre con una meditación sobre la pátina teológica de la política occidental y, más específicamente, acerca de las distintas figuras con que cabe concebir la contención escatológica del mal —¿y la estupidez?— en nuestras comunidades históricas. En su artículo “La fuerza que todavía retiene. Notas sobre el *katechón*”, Mauricio Amar actualiza la reflexión paulina y repasa los debates contemporáneos acerca de la contención del mal, el fin de la historia secular y la tarea política de poner freno a aquello que amenaza existencialmente la vida en común, ya se trate de la reproducción instrumental de la violencia bajo el dispositivo legal del Estado, o bien de la consagración inmanente de la anomía plena en el orden aparente del mercado desregulado.

A continuación, el artículo de Carolina Arbeláez, Juan Alejandro González y Carlos Andrés Vélez, titulado “La distopía como anticipación de la realidad”, explora las fracturas del vigente orden social neoliberal, así como las formas de autoexplotación individual, seudotransparencia mediática y conducción psicopolítica, que caracterizan al actual modelo socioeconómico (si es que aún se puede hablar de modelos y paradigmas). En ese sentido, el texto propone una lectura a dos bandas de la filosofía de Byung-Chul Han y de las distopías literarias de Orwell y Huxley, que es también una exégesis de los productivos ecos recíprocos entre la concepción

teórica y la imaginación literaria. En fin, quizá la única escatología concebible en nuestro tiempo consista en la imaginación de la distopía.

Nada hay más difícil de contener y nada más distópico que la muerte propia. En una doble escena de indagación metapoética sobre las poéticas de la muerte, Pedro Aldunate genera un abismante diálogo de moribundos, entre Enrique Lihn y Gonzalo Millán: los dos poetas escriben en el umbral de su propia muerte y se exponen al desdoblamiento aporético entre quien escribe como autor literario y, por otro lado, el sujeto protagonista de su propia muerte. Así, el artículo titulado “Dos escenas situadas *in articulo mortis*: *Diario de muerte* de Enrique Lihn y *Veneno de veneno de escorpión azul* de Gonzalo Millán” nos convoca espectral y radicalmente (sin consolación filosófica) en ese límite indecible y ese no-lugar de la muerte propia que atraviesa e incita el devenir de la escritura.

Quizá la muerte conforme un doble intersticio de la vida y de la escritura, y, tal vez, haya que tomarse en serio la condición productiva, generativa y matricial de los umbrales excluidos sin los cuales no hay vivientes ni mundo, ni tampoco resulta concebible una crítica transformadora o una política situada. En su artículo “Inframundos: lo infrapolítico para tiempos de extinciones”, Sofia San Martín explora las opciones de una infrapolítica —esto es, de una política al margen de la representación y de la totalización en algún orden mundial— que se haga cargo de los márgenes residuales en que coexisten y cohabitan los restos abandonados en una Tierra arrasada y los cuerpos excluidos del intercambio generalizado. En ese umbral de extinción, la experiencia de una infrapolítica, marcadamente feminista, nos situaría ante la apertura radical de un paisaje inhóspito pero germinal. Según parece, resulta difícil concebir las opciones de un pensamiento diferente sin recurrir a alguna forma de metafórica espacial: los límites que contienen, la distopía, el umbral indiscernible, o bien los extraños márgenes del paisaje inframundano.

Probemos con una variante metonímica, en el orden de la circulación y la contigüidad de los signos. El cerebro descerebrado de la necedad secular y la fatuidad humana lo constituyen las ciudades terrenales de todo el orbe (infinitamente distantes de la ciudad de Dios). Al fin y al cabo, cualquier intento de dar sentido a lo que nos acaece en el mundo y de compartir comunicativamente su significado involucra un ejercicio de resignificación ejercido en la trama situada de las localidades que habitamos, en las vías y transportes por los cuales transitamos, en los foros que nos reúnen y en los espacios públicos en que hacemos valer nuestras pretensiones y demandas. En su artículo “Las instancias retóricas del color: hacia una retórica cromática”, Martín Acebal no solo propone una semiótica y retórica generales centradas en los procesos de producción material y

transformación estratégica de prácticas discursivas, sino que aplica semejante marco semiótico-retórico a la resignificación material de los colores, y lo sitúa concretamente en las plazas y calles de un Buenos Aires teñido por los significantes de los pañuelos blancos y por su conversión metafórica en verde.

Otras ciudades y locaciones urbanas aparecen a través de este número de *Stultifera*, a saber: la ciudad puerto de Valparaíso, el sureño Puerto Montt y la colonia Aviación Civil de Ciudad de México. En su artículo “La ensoñación poética de Valparaíso desde el estudio de la ‘oblicuidad semántica’ en la lírica de Ximena Rivera”, Alejandro Banda interpreta a la poetisa porteña desde la perspectiva de los espacios subalternos localizados y en disputa, es decir, como una resignificación espacial, una evocación de los lugares y una escenificación diferencial de Valparaíso, que impugnan la representación del espacio abstracto, del orden urbano homogéneo y de la geopolítica de la Dictadura.

José Flores, en su artículo “La psicología social en la calle: conociendo las prácticas grafiteras en la disputa cotidiana por el espacio público” nos invita a recorrer la trama urbana de Puerto Montt de la mano de colectivos grafiteros; a través de sus prácticas contraculturales se vislumbra otra ciudad: esa en que los grafitis resignifican el espacio cívico en una disputa permanente con el encuadramiento policial del orden ciudadano, la mercantilización publicitaria de las superficies y la privatización securitaria de los espacios públicos.

Por su parte, el trabajo de Obed González “Cine, resistencia y barrio” nos retrotrae a las locaciones cotidianas y personajes populares de una barriada de Ciudad de México, tal como fueron retratados en el cine de Marcelino Aupart. Por medio del rescate del cine producido en las tramas urbanas latinoamericanas —con más pertinencia territorial que recursos económicos y técnicos—, González nos convoca a distanciarnos del globalismo banal de la industria cinematográfica de Hollywood, para así redescubrir un cine de resistencia que rinde testimonio a la localidad y preserva la memoria de los barrios latinoamericanos.

Tal vez, las urbes y conurbaciones del mundo contemporáneo se han transformado en ámbitos de ordenamiento, encuadramiento, disciplina policial, circulación mercantil o mediática aceleradas, deslocalización de las poblaciones y gobernanza neoliberal de las vidas privatizadas; sin embargo, como nos recordaba Jean Duvignaud, quizá no hay creación humana, no hay retórica, representación teatral ni razón filosófica, al margen de la matriz de nuestras ciudades y del crisol urbano:

La cercanía y el trato entre seres vivos reunidos en el recinto de las murallas, la densidad social con sus contradicciones pasionales, el surgimiento de la individualidad y la conciencia de realizar una tarea común son, desde luego, una matriz de creaciones diversas, nuevas que le sobreviven, ya que esta solidaridad tan efímera aparece con frecuencia. ¿Dónde pues, si no en la ciudad, habrían de nacer la escritura de la historia, la ciencia de la política, el teatro, la tecnología y hasta la filosofía? (1990, p. 45)

Sirva este número de *Stultifera* como un recordatorio de que nuestras ciudades están marcadas y atravesadas también por los lugares de la memoria, las trayectorias nómadas, los espacios de resistencia y los frentes contraculturales. Se lo decimos un día cualquiera, gris y lluvioso —para variar—, desde una villa periférica de la ciudad de Puerto Montt, al sur de Chile y del mundo, con nuestras calles, avenidas y plazas aún marcadas por los íconos del malestar colectivo, los signos de las protestas sociales y los indicios de la movilización popular, pese a la cuarentena y los confinamientos sanitarios.

Como cierre del número, presentamos dos reseñas con cierto componente de experimentación en el género. En su peculiar (auto)reseña de *Realismo poscontinental*, Ernesto Castro reflexiona “Sobre el nombre del giro realista de la filosofía en el siglo XXI” y justifica la posición teórica defendida en su tesis sobre el frecuentemente llamado *realismo especulativo* o *nuevo realismo*. A través de una extemporánea reseña *in memoriam* de un libro del 2013 de Bernard Stiegler (*De la misère symbolique*), Álvaro Cuadra rinde un merecido homenaje a uno de los pensadores de la técnica más notables de nuestro tiempo, recientemente fallecido. Que descanse en paz, como todos quienes nos abandonaron en este tiempo malhadado.

En fin, quizá la muerte intempestiva e imprevisible sea el epítome de la necedad que gobierna el mundo, el absurdo piloto —incalculable, incomprensible, inútil y pernicioso— de la nave de los necios, por el cual nos preguntamos sin encontrar respuesta. Quién sabe... Al menos, nuestro candidato calza con el chiste marxiano —de los hermanos Marx— que tanto deleita a Žižek: *puede parecer idiota y actuar como idiota, pero no se engañe, ¡realmente es idiota!*

Referencias

- Dostoyevski, F. (2013). *El idiota*. Madrid: Alianza.
- Duvignaud, J. (1990). *La solidaridad*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Flaubert, G. (1971). *Bouvard y Pécuchet*. Barcelona: Bruguera.
- Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.

- Hašek, J. (2016). *Las aventuras del buen soldado Švejk*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- James, A. (2016). *Trump: ensayo sobre la imbecilidad*. Barcelona: Malpaso Ediciones.
- Kosinski, J. (2005). *Desde el jardín*. Barcelona: Anagrama.
- Platón. (2000). *República*. Madrid: Gredos.
- Shakespeare, W. (1873). *Macbeth*. Oxford: Clarendon Press.
- Sternberg, R. (1997). *La inteligencia exitosa*. Barcelona: Paidós.
- Tolstoi, L. (2004). *Iván el tonto y otros cuentos*. Madrid: Siruela.
- Von Grimmshausen, H. J. C. (1986). *Simplicius Simplicissimus*. Madrid: Cátedra.

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 3, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2020. ISSN 0719-983X

La fuerza que todavía retiene. Notas sobre el *katechón*.

Mauricio Amar Díaz

La distopía como anticipación de la realidad. Análisis de las resonancias de las distopías literarias en la filosofía de Byung-Chul Han.

Carolina Arbeláez Echeverri, Juan Alejandro González Castaño y Carlos Andrés Vélez Peláez

Dos escenas situadas *in articulo mortis*: *Diario de muerte de Enrique Lihn* y *Veneno de veneno de escorpión azul* de Gonzalo Millán.

Pedro Aldunate Flores

Inframundos: lo infrapolítico para tiempos de extinciones.

Sofía San Martín Moreno

Las instancias retóricas del color: hacia una retórica cromática.

Martín Miguel Acebal

La ensoñación poética de Valparaíso desde el estudio de la “oblicuidad semántica” en la lírica de Ximena Rivera.

Alejandro Banda Pérez

La psicología social en la calle: conociendo las prácticas grafiteras en la disputa cotidiana por el espacio público.

José Flores Cárdenas

Cine, resistencia y barrio: Marcelino Aupart en la colonia Aviación civil, testimonio de una localidad.

Obed González Moreno

Sobre el nombre del giro realista de la filosofía en el siglo XXI. (Auto)reseña de Castro, E. (2020). *Realismo poscontinental: Ontología y epistemología para el siglo XXI*. Segovia: Materia Oscura. ISBN: 978-84-949805-3-4

Ernesto Castro Córdoba

Técnica, memoria y miseria. Reseña *in memoriam* de Stiegler, B. (2013). *De la misère symbolique*. Paris: Flammarion. ISBN: 978-2-08-127082-4

Álvaro Cuadra Rojas



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE, SEDE PUERTO MONTT

<http://revistas.uach.cl/index.php/revstul>